

*precisamente ahí*, alcanza la grandeza de lo grande— está el filósofo y el teólogo que juzga más importante aún hacer justicia a la Verdad en todos sus matices; está el hombre de Dios que por sobre todo aprecia el valor soteriológico de esa Verdad. Con lo cual va dicho que Weisheipl no es simplemente un cronista más o menos sagaz, sino un historiador capaz de detectar, al hilo de la cronología y cuando la oportunidad así lo pide, el contenido doctrinal en sus diversas facetas: novedad de tratamiento; perfeccionamiento en las soluciones, sea por influencias externas, sea por un concomitante perfeccionamiento del mismo autor; contexto histórico inmediato motivador del tema total o de algunas de sus peculiaridades, etc. De todo ello hay muestra y tela en las observaciones y ejemplos.

Es por ello que fácilmente nos hacemos cargo sea ésta la obra que su autor “hubiera deseado leer cuando comenzaba sus propios estudios tomistas, hace una treintena de años”; y estimamos que no resultó sólo el libro que “desearía tener como referencia tanto de consulta como para corregir”. No: de hecho ha resultado —como Weisheipl desea— una “ayuda en procura de la Verdad filosófica y teológica” y preparación muy apta a ese “revitalizado interés en el estudio de Tomás d’Aquino” que él aguarda como proveniente “tal vez no de los centros intelectuales católicos, sino más bien de ciertos campos seculares y de intereses individuales”. Es, pues, “con ello in mente que he intentado presentar un cuadro relativamente completo de la vida, el pensamiento y las obras de Tomás”.

En su orden es, a no dudarlo, la mejor obra que conocemos, elaborada con materiales de primera mano vueltos a analizar escrupulosamente hasta sacar el mejor partido posible de ellos. Tal es así que nos atrevemos a decir que nada o casi podrá decirse ya sobre el tema a menos que se descubran otros documentos sobre la vida de Santo Tomás, o bien se disponga de elementos que modifiquen los textos de sus obras en puntos importantes.

El lector conoce ya los títulos capitulares. Complentan el libro una cronología sumaria, un catálogo comentado de las obras auténticas del Angélico; una lista de fuentes primarias y secundarias; y los índices onomástico y de materias habituales. La presentación editorial es condigna: en la sobrecubierta aparece un retrato del Santo según el original de Justus de Gante (siglo XV), y en las guardas un autógrafo (II *Contra Gent.*, 49-50) con la “littera inintelligibilis” de Tomás.

J. E. BOLZAN

KARL JASPERS, *Conferencias y ensayos sobre Historia de la Filosofía*, versión española de Ruffino Jimeno Peña, Biblioteca Hispánica de Filosofía, Editorial Gredos, Madrid, 1972, 459 pp.

El “Epílogo del Editor” nos advierte que el libro recoge —no selecciona— conferencias y artículos histórico-filosóficos de Jaspers representativos de todas las épocas y las grandes tendencias de la filosofía. Algunos habían sido publicados anteriormente, otros aparecen por vez primera, pero en todos los casos se han editado según su redacción original, salvo ocasionales correcciones de estilo. Han sido ordenados según un criterio cronológico por motivos técnicos y prácticos, con la salvedad de que la cronología no es una interpretación histórica válida para Jaspers, como tampoco lo es la concepción objetiva extrema de Hegel. Para Jaspers la grandeza de un pensador, y con ella su derecho a entrar en la “república del pensamiento”,

radica en su capacidad de mover la existencia posible hacia una existencia real. Cada filósofo tiene por misión despertar en nosotros el valor de existir. Por eso rechaza la pura objetividad, la exposición fría de un acontecer pasado y petrificado, un mirar a la distancia y una descripción exterior. Vive la historia de la filosofía como una polémica, pero no busca una victoria definitiva ni pretende cerrar el debate, ni siquiera en su propia filosofía, y en ese sentido es un ejemplo de consecuencia con su propio pensamiento. Porque para Jaspers ninguna filosofía por sí sola agota la verdad. La realidad no admite monopolios, cada filósofo tiene algo que decirnos y es importante que lo escuchemos, pero tampoco para quedarnos meramente en lo recibido sino para buscar por nuestra cuenta la verdad de las cosas.

Cada uno de los trabajos es una muestra de tal concepción de la historia filosófica. Jaspers "dialoga" con el filósofo, lo entiende, le reconoce "su" verdad, aquella dimensión de lo real que supo captar e interpretar. Pero también nos explica por qué para él eso no es suficiente, por qué está justificado que busque más allá sin perder tiempo en críticas insustanciales, porque nada hay que atacar en filosofía, ni tampoco hay nada que defender a toda costa, como se defiende un bastión; mientras cada filósofo busque su verdad, su interpretación de la realidad con sinceridad y entrega, la "república del pensamiento" estará en paz. Lo cual no es, como alguien podría malpensar, un voto de relativismo, sino una postura auténticamente creativa.

Los pensadores que han sido analizados representan los veinticinco siglos del pensamiento filosófico occidental, inclusive con la ventaja de no ser los más mentados: Jenófanes, Epicuro, Nicolás de Cusa, Leonardo, Kant, Kierkegaard, Nietzsche y Max Weber. Como se apreciará, salvo los cuatro últimos, poca importancia "vital" en filosofía se les ha dado a los anteriores. Jaspers se encarga de redescubrirlos para nosotros.

Jaspers caracteriza a Jenófanes como el pensador que por sobre todo tuvo fe en la sensatez y la razón universal; no fue un inventor de sistemas, ni tuvo discípulos (porque no tenía doctrina); sin embargo su sensatez se redujo a la postura crítica y en ese sentido no es un ejemplo a seguir, pero sí una voz de alerta: "Yo personalmente no estaría de acuerdo con un enjuiciamiento negativo o despreciativo de Jenófanes. Pues si su papel ideológico es pobre, sin embargo resulta también indispensable. Es decir, tiene su raíz en la voluntad de negarse a una falsa admiración de las posturas espirituales tiranas..." (p. 23). Epicuro es un filósofo en general bastante despreciado y muchas veces mal entendido. Es cierto que su filosofía teóricamente es confusa. Con todo la actitud de Epicuro es una orientación perenne: fue un maestro de la vida (y no de la vida infrahumana y dispada que nos presentan los que no lo entendieron —o no lo conocieron siquiera—) y en ese sentido puede ser un apoyo vital en algún momento. El mismo Jaspers lo dice con una metáfora: a veces nos sentiremos necesitados a entrar un rato a descansar en el Jardín de Epicuro. Pero él personalmente siente que después de ese descanso lo debe abandonar.

Nicolás de Cusa fue un pensador que siempre permaneció en la vida activa; además no fue monje, como solían serlo todos los grandes pensadores cristianos. Le gustó la lucha, la política, la actuación. Y al mismo tiempo fue capaz de ser un metafísico de primera línea. Esto basta para que Jaspers le tribute una sincera admiración. Pero su reticencia deriva del peligro que cree asomarse por detrás del entusiasmo metafísico falto de freno.

Leonardo es otra figura digna de atención: hombre universal, supo casi todo lo que podía saber un hombre de su tiempo, de todo se ocupó descendiendo a increíbles detalles y el resultado fue una obra inacabada, producto quizá de su dispersión. Por lo menos ése es el juicio que muchas veces ha merecido en su comparación con otros genios que supieron dominarse y concretar sus inspiraciones en

obras acabadas, por ejemplo Miguel Angel. Leonardo aparentemente hizo todo sin sistema y aún se llega a decir que ni siquiera buscó la perfección, tiene pensamientos evidentemente contradictorios, y aún sus inventos y descubrimientos fueron más utópicos que reales. ¿Cuál es su título para ser un hombre casi único en la historia? Leonardo verifica la universalidad, la amplitud y perspectiva, la capacidad contemplativa total. Pero también en esto está su limitación humana: su impasibilidad, su autosuficiencia personal. Jaspers llega a decir que a Leonardo "le faltaba el encanto de aquello que es propiamente lo humano, la debilidad del más encumbrado, que, a pesar de todo, necesita del otro" (p. 111). Por eso aunque Jaspers acepta el regalo universalista de Leonardo, no acepta seguirlo en su forma personal de vivir y filosofar.

Cuatro de los ensayos de este libro están dedicados a Kant. No son de circunstancias, tampoco tienen un notorio interés pedagógico-expositivo, salvo el primero: "Doctrina de Kant sobre las ideas"; en cambio Jaspers estudia dos aspectos de las teorías kantianas muy poco conocidos, y aún si se quiere, pueden presentarse como curiosidades en la filosofía total de ese autor. Son ellos "El mal radical según Kant", análisis sutil y personal de *La religión dentro de los límites de la pura razón*. Tampoco aquí Jaspers queda satisfecho: "La filosofía de Kant nos deja en la estacada cuando se pretende saber de ella lo que ella misma no sabe" (p. 163); podemos apropiarnos de los resultados positivos del formalismo kantiano, pero este enriquecimiento puede y debe mejorarse con otros cuya consecución está en nuestras manos. El otro trabajo es "La Paz eterna de Kant", comentario a un proyecto escrito en 1795 después de la paz de Basilea, y versa sobre las verdaderas condiciones para una paz perpetua. Este trabajo de Jaspers data de 1957, y no es extraño que en un momento de agudización en las tensiones de la "guerra fría" un filósofo tan vitalmente preocupado como él encuentre ciertos puntos de contacto con la antigua preocupación kantiana. La angustia frente a un futuro incierto y amenazador, un temor por el definitivo ocaso de la humanidad le hacen decir: "Al repasar hoy día estas ideas de Kant tenemos que añadir a ellas algo que en su época no era actual: No nos queda mucho tiempo". La "revolución en la manera de pensar" que Kant intuyó y proclamó hace casi dos siglos es hoy para Jaspers una disyuntiva: destrucción de la humanidad o reconversión, obra ésta de la libertad de los responsables del destino humano. La conferencia "Manuel Kant. En el 150 aniversario de su muerte" es un claro ejemplo de lo que un filósofo puede decir de otro cuya filosofía admira pero no comparte. La historia de la filosofía kantiana está llena de vicisitudes: alternativamente honrado y olvidado, hoy es Kant más un nombre famoso que una presencia real. Pero Kant es para Jaspers por sobre todo el filósofo de confianza, es una apertura a la verdad sin recurrencia a visiones ni cargas arrolladoras. "Su figura no es la de un extraño al que nos sea permitido admirar, sino la de un familiar con el que se puede convivir y cuyas huellas quisiéramos seguir" (p. 206).

Kierkegaard y su atormentadora problemática están también presentes en esta selección con tres trabajos, reproducción de sendas conferencias con un tema común que sería la revalorización y actualidad de este precursor del existencialismo. Jaspers siente por él profunda estima, no lo oculta; pero eso no le impide señalar las carencias filosóficas y aún humanas de su contradictoria existencia. Es como una voz que nos despierta del sueño, una invitación a pensar con sinceridad; no es una respuesta, y sería vano querer hallarla en el marco bastante desordenado de sus pensamientos. El agnosticismo religioso de Jaspers asoma un poco dolorosamente frente a la apasionada fe kierkegaardiana: "Por lo que a nuestra época se refiere, ha dicho Kierkegaard: Las cosas no cambiarán a mejor, las terribles guerras no cambiarán a los hombres. Hasta que no se restaure la fe en las penas eternas no mejorará la humanidad. Pero la cuestión es la siguiente: ¿Ayudaron

éstas a mejorar la humanidad cuando se creyó en ellas?" La respuesta está abierta para el lector.

No menos interesante es el enfoque con que aborda a Nietzsche en tres artículos, el primero sobre el ataque al cristianismo, producto, como lo intenta probar, de la propia actitud cristiana. Pero Nietzsche es uno de esos autores con cuyas frases a veces no sabemos qué hacer ni cómo comprenderlas, cómo armonizar tantos elementos dislocados en un cuadro armonioso. No es fácil leerlo; por eso se ha tenido muchas veces la tentación de soslayarlo. No hay que dejarse seducir por los extremismos de su lenguaje (ni siquiera para condenarlo) so pena de ser víctimas de "la maldición" de Nietzsche; en realidad para quien lo comprende en su fondo: "Quedamos reducidos a nosotros mismos; y sólo nos quedará de verdad aquello que debido a su intervención en nosotros seamos capaces de sacar de nuestra propia riqueza" (p. 307). El segundo de los artículos dedicados a Nietzsche lo coloca en un lugar histórico semejante a Kierkegaard y Marx, especies de "despertadores de conciencias"; en el tercero, se comenta la *Canción de la noche*, en su expresión de la soledad y la polaridad luz-tinieblas como mutuamente necesarias.

También tres trabajos están dedicados a Max Weber, importante sobre todo el segundo que nos lo presenta en su triple faz de político, investigador y filósofo.

Un artículo "¿Tiene la filosofía una historia universal?" y otro "¿Qué es el existencialismo?" abren y cierran estas conferencias sobre historia de la filosofía. En el primero se postula la historia filosófica como intercomunicación universal. Después de pasar revista a puntos ceñeros del pensamiento, en pocas páginas presenta a la filosofía existencial en su conjunto como un intento de superar el nihilismo, sin ocultar las profundas divergencias que alberga en su seno. Su porvenir le parece todavía incierto, pero si superando el nihilismo logra originar una filosofía realmente independiente que reciba de la tradición contenidos apropiados para nuestros problemas actuales, se convertirá también en una condición para que el hombre se conozca a sí mismo y a la Trascendencia, dentro de lo que es posible hacerlo en el breve espacio de nuestra vida.

CELINA A. LERTORA MENDOZA